había obedecido la expresa volunted del Señor. Perdida en un caos de tinieblas, hubiera desfallecido, al par del espíritu, el dolorido y penitente cuerpo si un rayo de luz divina no le hiciera conocer que era el enemigo de su salvación el que tan cruda guerra le movía. Animosa entonces, como siempre que se trataba de combatir, en este palenque, recogió las riendas de su pensamiento; comprendió que se la quería espantar, recordó las opiniones y consejos favorables á su proyecto, y pensó que, cuando tanto había deseado padecer por el Señor, no debía acobardarse; que pues en la contradicción estaba la ganancia, no era razón le faltara el valor para servirle, y concluyó por ofrecer á Jesús sacramentado que haría cuanto le fuera posible por lograr licencia para vivir en su nuevo monasterio, y *estar y perseverar en Él cuanto pudiera hacerlo con buena conciencia.*

VI

En el momento que, acabada la modesta colación, iban Teresa y sus Hijas á entregarse al descanso, violentos golpes hicieron retemblar la puerta. Alarmadas las novicias, se agruparon en torno de la fundadora y la interrogaron con expresivas miradas.

Teresa de Jesús bajó á la portería, y con las debidas precauciones abrió un estrecho ventanillo, cubierto y enrejado, único medio que tenían para comunicar con el exterior.

—*Deo gratias;*—dijo con acento tranquilo, como si aquellos golpes no hubiesen resonado profundamente en su corazón.

Una voz de hombre, ronca y desagradable, dijo con tono imperioso:

—De orden de la señora Priora de la Encarnación, que vuelva inmediatamente á su convento Doña Teresa de Cepeda.

La exclamación de dolor que exhalaron las novicias oprimió angustiosamente el corazón de la fundadora, que había reconocido en el que hablaba al mandadero de su antigua Casa.

—Y si hay duda en obedecer,—añadió el hombre,—allá va el mandato del Padre Provincial.

Teresa no respondió; pero se dió prisa á desprender la cadenilla que sujetaba el torno; éste dió vuelta, recogió el papel que pusieron, y lo leyó á la luz de una vela que alumbraba débilmente la portería.

¡Era, en efecto, la orden de marchar, y la exclava de la obediencia no vaciló ni un punto en cumplirla! Abrazó á las novicias, les dió breves instrucciones, instituyó á María de la Cruz jefe de la naciente comunidad, y armada del valor que Dios le concedía para los casos extraordinarios, abrió con mano firme la puerta y salió resignada á cumplir la voluntad del Señor.

VII

Como si la tempestadd eclarada por la manera dicha con que la Priora de la Encarnación llamaba á su santa súbdita no fuese bastante, á la vez que la religiosa oía cerrar tras de sí las puertas de su amado retiro, el vivo resplandor de un relámpago hirió sus ojos, y pasados algunos instantes, el ronco retumbar del trueno vibró en el espacio:

grandes masas de nubes cruzaban como sombras y despedían gruesas gotas de agua: era una tormenta de verano, pasajera como todas, pero violenta en aquel momento. La fugitiva claridad del relámpago bastó á Teresa para ver tres hombres, dos que sostenían una silla de manos, y el tercero que la abría, diciendo con grosera entonación:

—Vaya, éntre su reverencia.

La religiosa obedeció, y el portero, pues él era, cerró violentamente.

—Andando, muchachos, y todo lo deprisa que puedan; si llegamos antes que las nubes nos envíen su rocío, añadiré al salario prometido un real de á ocho para que beban un jarro de vino á mi salud.

Esta promesa aligeró el paso de los conductores, mientras el portero ahuecaba la voz cuanto podía para decir con intención de que Teresa no perdiese ni una de sus palabras:

—No quisiera hallarme en el lugar de esta señora *corre-calles;* pero ya que se ha empeñado en ser santa, con su pan se coma el martirio.

Bien oyó la esposa de Jesús las atrevidas frases, encaminadas á humillarla; pero la paz de su alma no se turbó: pensaba en lo que sin duda la esperaba, y dirigía fervientes ruegos á su constante protector San José para que no la abandonara, encomendándole al mismo tiempo la casita dejada en tamaño desamparo.

VIII

Aguijados por el temor de la lluvia y el cebo de la ofrecida recompensa, volaban los conductores, y en breve se detuvieron á la puerta del convento de la Encarnación.

Teresa bajó de la silla tranquila al parecer; abrióse la puerta, y cuando la religiosa traspasaba los umbrales, sus manos, ocultas bajo el escapulario, oprimían el pecho para ahogar los tumultuosos latidos de su angustiado corazón: una monja que la esperaba le hizo señas de que la siguiera; obedeció creída que la llevaban á presencia de la Priora, y ya preparaba en la imaginación el descargo que daría de su conducta cuando vió con sorpresa que su guía la condujo á la celda que antes ocupaba, mandándole permanecer allí hasta que la llamaran, después de lo cual se retiró.

¡Triste fué aquella noche de silencio y soledad; durante ella, muchos sufrimientos físicos y morales probaron á rendir su espíritu y sus fuerzas! Cuando rayó el día, vencedora de todas sus angustias, se le hacía tarde el momento de ser interrogada por la Priora.

Grande habría sido su consuelo si hubiera podido adivinar que María de Ocampo, Juana, Esperanza, y hasta la viuda de Salcedo, vinieron muchas veces durante aquellas horas á llorar en los umbrales de su celda, puesto que les era prohibido comunicar con ella.

IX

Constituído, después del coro de la mañana, el tribunal que debía juzgar á Teresa de Jesús, fué al locutorio Fr. Angel de Salazar, Provincial de la Orden, y la mandó comparecer.

La religiosa acudió prontamente, aunque muy convencida de que, en lugar de jueces imparciales, todos iban á ser fiscales de su causa.

—«Al ir á presentarme acordéme,—dice Teresa,—del juicio de Cristo, y vi cuán nonada era aquél: hice mi culpa como muy culpada, y así lo parecía á quien no sabía todas las cosas. Después de haberme hecho una grande reprensión, aunque no con tanto rigor como merecía el delito y lo que muchos decían al Provincial, que no quisiera disculparme, porque iba determinada á ello, antes pedí me perdonase y castigase, y no estuviese desabrido conmigo. En algunas cosas bien veía me condenaban sin motivo, porque me decían lo había hecho por que me tuviesen en algo, y por ser nombrada y otras semejantes.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo XXXVI, núms. 6 y 7.)

No fué ésta, sin embargo, toda la acusación: añadieron que cómo, siendo más ruín que otras y sin haber podido guardar la mucha religión que había en aquella Casa, escandalizaba al pueblo queriendo más estrechez; Doña Inés de Guevara, que rebosaba de alegría, hacía cuanto estaba de su parte por empeorar la causa mientras aparentaba defenderla. El Provincial, después de escuchar los cargos, y más que á ellos á su vanidad

ofendida, mandó á Teresa dar público descuento de su conducta.

Humilde, tranquila, con voz dulce y sentida entonación, animada por el Señor habló de modo que dice al referirlo:

«Di mi descuento de manera que no halló el Provincial, ni las que allí estaban, por qué condenarme.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXVI, núms. 6 y 7.)

Nada se disuelve más rápidamente que un tribunal cuando se convence de su falta de razón. Así que las religiosas oyeron el acento de la verdad, procuraron desaparecer lo más discretamente que les fué posible; Teresa quedó sin más juez que el P. Salazar, y entonces le habló con entera franqueza de las consultas hechas y las aprobaciones recibidas; pintó sus deseos, luchas, temores y esperanzas; expuso, en fin, de tal modo el objeto de su obra, que el religioso, conmovido de lo que oía, y satisfecho del celo de aquel alma por la gloria de Dios, no sólo aprobó lo realizado, sino que le prometió, «si fuese adelante, en cuanto se sosegase la ciudad, darle licencia para que se volviera á su convento de San José». (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXVI, núm. 7.)

Tornó á su celda Teresa de Jesús tan alegre como el que, después de fatigoso camino, llega al fin de la jornada, y se embebía en contemplar á través de la estrecha ventana el cielo azul y diáfano, cuando un ligero golpe dado en la puerta llamó su atención.

—Adelante,—dijo con dulzura, creída en que fuese alguna de sus amigas.

—Soy yo, Hermana,—repuso una voz alterada. Y al mismo tiempo entró Doña Inés de Guevara con una timidez impropia de su carácter.

La religiosa se levantó sorprendida; la de Guevara estaba pálida, secos y ardientes los ojos, y toda su fisonomía expresaba bien la lucha que sostenía en su interior; quiso hablar, y su garganta no articuló un sonido; trató de sonreir, y tampoco le fué posible.

¿Quién la llevaba allí? ¿Era el deseo de humillar nuevamente á la que tanto había perseguido? ¿Era que había sonado al fin para ella la hora del arrepentimiento?

—Sin duda su reverencia extrañará verme, —dijo Doña Inés después de un rato de silencio, durante el cual se hubieran podido contar los latidos de su corazón, —y la verdad es que á mí misma me parece imposible; pero he reconocido al fin la mala voluntad con que siempre la he tratado, y arrepentida de ella, vengo á pedirle perdón.

Y la de Guevara se inclinó ante Teresa de Jesús en ademán de arrodillarse.

—Pero, ¡Jesús mío! ¿Qué hace su reverencia? —exclamó la Santa Madre, tan conmovida que apenas podía hablar. —¿En qué me ha ofendido? Déjese por Dios de eso, y perdóneme más bien si por mi ruindad no sé apreciar la benevolencia con que me tratan.

—Esa respuesta es mi mayor castigo; pero sin detenerme á disculpar mi anterior conducta, sólo diré que, aunque he sido enemiga de su reverencia ya no lo soy. ¿Qué motivos tengo para esto? Por cierto que no lo sé; pero al escuchar su

descargo ante el Provincial he comprendido que no es una criatura como nosotras, sino espíritu elegido por Dios para obras dignas de su gloria: he aquí lo que me trae á su presencia; perdóneme el pasado, y crea en los sentimientos de mi corazón, que responden del porvenir.

—¡Oh, Hermana mía!—exclamó Teresa.— ¡De qué buena voluntad la perdonara si creyera que me había ofendido! Pero desheche por Nuestro Señor semejantes cuidados, siquiera por la pena que me causa oírselo decir.

—Es vuesa reverencia la mejor de las religiosas, —repuso la altiva heredera de los Guevaras, cuyas abundantes lágrimas lavaban, como rocío del cielo, sus injusticias pasadas;—ruegue á Dios por mí.

Y después de besar casi á la fuerza la mano de su Hermana, abrió la puerta y desapareció en el corredor.

La fundadora elevó al cielo un suspiro de ardiente gratitud, á la vez que de fervoroso ruego, por la tranquilidad de aquel alma cruelmente combatida.

María de Ocampo, Juana, Esperanza y Doña Leonor lloraron de alegría al oir á Doña Inés contar humilde y sencillamente lo sucedido; y desde aquel día memorable, que llenó de felicidad al cielo y á la tierra, hubo un corazón más que rogase por el triunfo de la Reforma carmelitana.